

pasto). Son los Toros de Guisando únicos testigos supervivientes del solemne trato celebrado en la desaparecida venta o mesón, por el que Enrique IV reconoció a su hermana Isabel por heredera del trono de Castilla y se puso fin, aunque por tiempo fugaz, a las vergonzosas guerras de bandería que caracterizaron el reinado de tan infeliz monarca (1). Pues bien, en fronterero monte horadado de cuevas, escondidos entre yedras, álamos, cipreses y típicas piedrotas abulenses, duermen sus recuerdos los restos de la ermita de San Miguel y monasterio de Guisando, convertidos los últimos en romántica mansión señorial por su ilustre propietaria, la marquesa de Castañiza.

En las cimas de Peña Muñana y cerro Amoclón existieron belicosos poblados primitivos o roqueros castillos moros, de los que nada queda. También en diferentes lugares, a raíz de la reconquista madrileña por Alfonso VI, levantáronse hasta siete ermitorios de monjes mozárabes (2), origen del nombre de Val de Iglesias. Más tarde se refundieron en el gran cenobio de Pelayos (Pelayos de la Presa), habitado por frailes benitos, que según tradición fundaría el visigodo rey Teodomiro.

En algún muro de la cercana Cadalso puede aún verse la «T» heráldica de los Caballeros Templarios, mitad monjes, mitad guerreros, y la imagen del gran luchador don Alvaro de Luna, mitad arrivista, mitad patriota y fiel servidor, se extiende por todo el valle. Junto a ella, la pacífica y diminuta de la Virgen de la Nueva, que ha perdurado a través de los tiempos.

Hasta en el santo patrón de la Villa hallamos simbolizada la mezcla de lo guerrero y lo místico. Si es Santo, también soldado fué Martín de Tours, y hasta del apóstata Juliano. El blasón municipal le muestra a caballo, cubierta su cabeza de casto romano, y su cuerpo, de aquella capa militar que partiría con el divino mendigo. La leyenda quiere que hubiera llegado hasta estos apartados lugares para dar su nombre a San Martín de Valdeiglesias, pero de Martín de Tours ni siquiera está probado que visitase España. La explicación más lógica, aunque menos poética, del título de la Villa, hay que buscarla en un simple acuerdo de los monjes cistercienses de la abadía de Pelayos, en homenaje rendido al culto de su compatriota francés.

* * *

Al calor e impulso de dicha abadía de Pelayos o Valdeiglesias, se formó el núcleo urbano de San Martín y otros pueblos. En el Cartulario del monasterio (R. A. H.) figura la Carta puebla dada por Alfonso VII «el Emperante», en 1148, por la que cedía a un abad Guillermo el dominio sobre el territorio del valle, «aún sin poblar». Es de suponer que los frailes benitos iniciaran la repoblación y que ésta tomase mayor impulso con sus sucesores y activos monjes cistercienses, quienes en 1177 tomaron posesión del monasterio. Procedían de la abadía de La Espina, a la que

(1) En el Ms. del académico Sr. Cornide (R. A. H.) constan datos antiguos sobre los Toros de Guisando y se recoge la interpretación de que fueran restos de un antiguo templo (el autor de *Frioleras eruditas y curiosas*, Pedro Montegón, expone la «sospecha» de que fuera un templo dedicado a Hércules Endovelico, particular deidad española). Por estos datos se interesaron especialmente doña María de la Puente y Soto, marquesa de Castañiza, y el investigador señor Cuartero. La Comisión General de Excavaciones Arqueológicas, sin grandes éxitos aclaratorios en cuanto al misterio secular, realizó diversas excavaciones en 1946 y 1955-56. Los toros son cuatro, los dos primeros mejor conservados (el segundo se encontró a ocho o diez metros, semienterrado, y fué reconstruído por la marquesa de Castañiza); los otros dos tienen de interesante unas borrosas inscripciones latinas (el tercero, al costado; el cuarto, a bastante profundidad). También se deben a dicha marquesa las inscripciones que figuran en ambas caras del muro levantado sobre el solar que ocupó la Venta; dicen así: «Hizo poner esta inscripción, en el año 1921, doña María de la Puente y Soto, marquesa de Castañiza»; «En este lugar fué jurada doña Isabel la Católica por Reina de España y legítima heredera de los Reinos de Castilla y León, el 19 de septiembre de 1468», y «Aquí estuvo la Venta de los Toros».

(2) Eran las ermitas de San Miguel (ya citada), Santa Cruz, San Pablo, San Esteban, San Juan Bautista, San Pelayo y Santa María Magdalena. A ellas se unirá la del mismo San Martín.

por muchos años estuvo agregada la de Pelayos. Llegaban con la protección de Alfonso VIII, quien les colmó de privilegios y tuvo el capricho de construirse aneja residencia real, para su solaz esparcimiento en la caza de osos, jabalíes y venados. Las partes más primitivas de la actual fábrica del monasterio pueden remontarse a esta época, en que la reforma del Císter se introdujo en España.

Entre siervos inmigrantes y señores abades, por motivos ignorados pero presumibles, se sucedieron querellas y disputas, malamente acalladas por reales cédulas y escritos del arzobispo de Toledo. Juan II ratificó el señorío, pero, ante un levantamiento popular, el abad de La Espina pidió y obtuvo autorización del Sumo Pontífice para transferir el dominio temporal de San Martín de Valdeiglesias, con su castillo, a don Alvaro de Luna, mediante escritura de censo perpetuo en favor de la abadía. El abad siguió reteniendo, sin embargo, el nombramiento de alcalde de la Villa.

En el correr de los años se sucedieron los naturales cambios en la fisonomía arquitectónica del monasterio y se acrecentó su tesoro artístico con nuevas adquisiciones. Claustro gótico en los siglos XIV o XV; fachada y edificaciones conventuales de Herrera o su escuela, contemporáneos de El Escorial; altares con tablas de pintores primitivos castellanos y flamencos; retablos barrocos; cuadros, imágenes, trabajos de fina orfebrería y talla, entre los que destacaba un famoso crucifijo... En 1522 el emperador Carlos V confirmó el censo y su renta, y en 1567 el tallista Rafael León, discípulo de Berruguete, hizo la magnífica sillería y facistol del Coro.

Todo seguía vivo, bien que ya un tanto olvidado, hasta las leyes desamortizadoras y de exclaustración. En pocos años viniéronse abajo edificio y tesoros. El meticoloso Madoz no pudo ya admirar lo que aún contemplaran los ojos de Antonio Ponz. Nosotros hemos llegado bastante más tarde y sólo nos cabe lamentar la ruina de los grandes muros de piedra bien labrada, solitarios y vacíos, del que fué monasterio benito y cisterciense de Valdeiglesias. Señor abadengo del valle y aldeaños, hoy es un vasto edificio ruinoso, aunque encantadoramente melancólico y digno de atraer la atención del visitante por unos momentos. El ábside muestra todavía resabios arquitectónicos de un románico tardío. Rotas ojivas, nervios cruzando el vacío, sin ya otra misión que guardar el equilibrio para sostenerse a sí mismos; trozos de capiteles y columnas tirados por tierra, entre abrojos y ortigas, es lo que queda del claustro gótico. La fachada de la iglesia, de factura herreriana, ostenta la imagen de la Virgen entre otras dos de San Bernardo y San Benito, embutidas en hornacinas, pero el interior está vacío. La gran nave, con algún que otro arco de bóveda, no oye otro coro que el monótono silbar del viento regañón, zarandeando la pesada puerta de carcomidos cuarterones. El Coro que alabara Ponz, con su sillería y facistol, se salvó de la ruina al ser trasladado a la catedral de Murcia en 1854; algunas pinturas tuvieron la suerte de ser acogidas en el Museo del Prado; la gran portada de paso al antiguo recinto conventual adorna hoy la finca del Alamin, por trasplante efectuado por el conde de Ruisañada, último propietario del desamortizado monasterio. Otros objetos de arte desperdigáronse por diversos lugares religiosos y civiles, y muchas piedras comunes fueron aprovechadas para edificaciones vecinas y hasta para ornato de algunas calles, como la que da entrada a San Martín de Valdeiglesias.

* * *

El campo parduzco y monótono, que se sucede kilómetro tras kilómetro desde Villaviciosa de Odón, empieza a animarse y se va transformando en alegre y ameno en cuanto la carretera atraviesa el Alberche, alcanza Pelayos y llega al remanso de agua producido por la presa. Por el verano se dan cita en sus orillas toda clase de vehículos y

tenderetes policromos, entre los que se mueven, con ese andar pausado y torpe que produce el pie descalzo, multitud de bañistas madrileños, ansiosos de buscar agua y verdor. A unos centenares de metros de la misma carretera están las tristes ruinas del descrito monasterio de Valdeiglesias. Dejadas atrás las ruinas, el paisaje adquiere toda su madura belleza al hacerse accidentado. Hasta hace unos años se leía en un letrero: «Cuidado, 30 curvas peligrosas». Hoy ha desaparecido el cartel, pero no las curvas, que siguen bordeando la depresión del terreno hasta casi la misma San Martín de Valdeiglesias.

Ya a su entrada, la Villa nos agrada con un fino balcón en esquina, modesto alumno del de Plasencia. Contrasta el vulgar letrero: «Fonda del Automóvil», que explica el actual destino del edificio, y que hubiera indignado a su hidalgo señor de antaño. Hay muchas cosas que ver en San Martín: rincones callejeros, viejas casas blasonadas, típico arco del Ayuntamiento, casa de la Santa, iglesia parroquial, que empezó Herrera y espera aún quien la termine... Y la Virgen de la Nueva, en su pintoresco solar milagrero y milagroso, últimamente completado su marco natural con el embalse de San Juan. La vista se extiende por montes suavizados de pinos que bajan a beber de las tranquilas aguas; las márgenes se pierden en irregulares curvas hasta desembocar en un mar que no existe... Tuvo mucho gusto artístico para buscar morada terrenal la buena Virgen de la Nueva (3).

Pero lo que realmente atrae al visitante es el castillo, que los viejos del lugar llaman de Coracera, sin poder explicar el porqué, y las crónicas denominan de Val de Iglesias. Sólo él permanece en estos contornos, desde que desaparecieron los legendarios de Peña Muñana, Amoción y Navas del Rey y se transformó en palacio el de Cadalso.

No podía al castillo faltarle leyenda con que suplir las lagunas de la Historia: le mandó levantar el rey Teodomiro, al igual que la abadía de Valdeiglesias. Por la factura de su fábrica es contemporáneo de otros de la Reconquista y hasta no serían extraños a su construcción los propios abades, para afirmar su señorío sobre el valle. Cuenta Ortega y Rubio que en 1356 sirvió de alojamiento a don Juan Alonso de Alburquerque, el que fué ayo y favorito de Pedro I (4).

Es en el reinado de Juan II, y con don Alvaro de Luna, cuando el castillo adquirió renombre y vida propia, independizándose del señorío temporal de los abades. Entre las razones que, en carta fechada en el real sobre Escalona, el 18 de junio de 1453, alegara el monarca para justificar la injustificable ejecución del Condestable, hállese la de que don Alvaro, «con desordenada cobdicia, procuró e tovo manera que le yo diese las tercias de las cibdades... vilas e logares de... e Sant Martín de Valdeiglesias». Omite citar los medios de que se sirvió el Condestable para ganar la concesión real. En cambio se sabe con qué motivo llegaron Villa y castillo a sus manos: El referido alzamiento popular que atemorizó al abad, produjo la consiguiente carta de venta e imposición de censo perpetuo, por la que se cedía a don Alvaro de Luna el señorío temporal de San Martín de Valdeiglesias, a cambio de pagar la renta de 30.000 maravedises, en buena moneda corriente en Castilla, con cargo a las alcabalas de las villas de San Pedro y Covalada. No quedaron muy contentos los villanos con el cambio, ni tampoco el abad, quien en varias ocasiones quiso deshacer lo pactado, pero el Condestable supo acallar los gritos de los primeros y no ceder ante pleitos, intrigas y halagos del segundo. Desde entonces quedó repartido el dominio del valle entre el poder militar y el religioso, entre señor del castillo y prior del monasterio.

Don Alvaro de Luna no pasó largas temporadas en el

(3) Lugares y monumentos han sido objeto de unos bellos dibujos del artista Ourvantzoff, publicados en edición limitada y a gran tamaño, bajo el título *San Martín de Valdeiglesias*. (Imp. I. Díez, Madrid, 1956. Prólogo de Alfonso Quintano.)

(4) Por la fecha, hubo de ser poco antes de su sospechoso fallecimiento en Medina del Campo.

castillo. Es cierto que desde lo alto de la torre del homenaje divisaba los montes de Cadalso, posesión que dicese rehuía por recordarle su nombre el trágico sino que le profetizara cierta hechicera. Realmente, la azarosa vida del Condestable y su tiempo, le prohibió permanecer ocioso, incluso en su favorito estado de Escalona, más allá de lo preciso para cobrar una pieza venatoria, procrear un hijo, escribir sobre «las claras e virtuosas mujeres» y tramar o deshacer una intriga..., salvo que la quietud fuese impuesta por mandato real. Pero la personalidad de don Alvaro de Luna es de las que tienen fuerza más que suficiente para dejar impregnadas de recuerdo las mismas piedras, con sólo una vez que las toquen. Y en el castillo estuvo el Condestable en momentos bien destacados de su existencia. Cuando el Papa le confirmó en el cargo de Gran Maestre de Santiago, se celebraron en San Martín vistosos festejos en público homenaje al rey Juan II; era entonces don Alvaro de Luna señor de 20.000 vasallos y capitán directo de 3.000 lanzas ordinarias. Volvió al castillo con ocasión de su tercer destierro (1441-1444), impuesto por tribunal partidista (5), que pronunció un fallo más riguroso en su letra y deseos que en los efectos; el ánimo del rey no estaba del todo minado por la ambición y decidido a firmar la sentencia de muerte de su Condestable. Unos meses antes de ser preso en Valladolid estuvo de nuevo don Alvaro en el castillo; fué la última visita a sus dominios y la postrer cacería en que intervino como cazador. En la próxima iba a ser él cazado, cual fiera acorralada.

Cuando llega el gran momento, el 2 de junio de 1453, es un monje de Valdeiglesias, Fray Alonso de Quiriales, quien le asiste e aprovecha la ocasión para intentar, sin fruto, anular el célebre pacto de censo con el monasterio de Pelayos. Más éxito tuvo el fraile en la descripción, macabra en sus detalles, del espectáculo que dió comienzo a las pocas horas, en la plaza Mayor de Valladolid, y terminó con la cabeza de don Alvaro de Luna colgada de un garabato, cual piltrafa sangrienta (6).

Aún después de ajusticiado su señor, la villa de San Martín entra en el forcejeo mercantil que sostuvo la viuda con el codicioso monarca para poder salvar parte del tesoro de Escalona a cambio de entregar tal fortaleza (7). Quedó pactada la rendición de Escalona, numerosas otras villas y lugares, así como todos los castillos que poseyera el Condestable como Gran Maestre santiaguista, entre ellos el madrileño de Fuentidueña, que tenía cedido a su muy amado hijo bastardo, don Pedro de Luna (8); a cambio, conservaba doña Juana Pimentel un tercio del tesoro y algunos lugares, uno de ellos San Martín de Valdeiglesias (9). Al año moría Juan II, sin disfrutar del tesoro tan deseado. Los remordimientos aceleraron la muerte, y a su médico Cibdarreal hizo esta triste y sincera confesión: «Hubiera nacido hijo de un artesano y fuera fraile del Abrojo, en vez de rey de Castilla.»

Con la muerte del Condestable, el espíritu del castillo se fué tras del de su señor. Los nombres de sucesivos

(5) De los cuatro miembros que le componían, tres eran enemigos declarados del sentenciado: la Reina, el Príncipe y el Almirante don Fadrique. El cuarto, conde de Alba, estaba mediatizado.

(6) Marqués de Foronda: *El Tumbo de Valdeiglesias y don Alvaro de Luna*. B. de la R. A. H., año 1902.

(7) Se evaluaba el tesoro guardado en Escalona, en 80 millones de monedas aragonesas, siete tinajas de doblas florentinas y alfonsinas y millón y medio de doblas de la Banda y del Maestrazgo de Santiago, sin contar las joyas.

(8) V. mi artículo «Fuentidueña, señorío santiaguista y de los Lunas», publicado en esta misma Revista (núm. 10, agosto 1955).

(9) La Real Cédula, fechada en Escalona a 30 de junio de 1453, por la que Juan II hacía gracia y donación a doña Juana Pimentel, por juro de heredad, de las villas y lugares que relaciona (entre las que se hallaba San Martín de Valdeiglesias), impone una condición sustancial, que descubre la verdadera y última razón que moviera al rey a decidir la muerte de su fiel privado: «Que vos, la dicha condesa doña Johana, mi prima, e el conde don Johan de Luna, vuestro fijo, me dedes e entreguedes realmente e don efeto, todo el tesoro e joyas e otras cualesquier cosas que el dicho Condestable tenía en la villa Descalona e su fortaleza... e que del dicho tesoro yo haya e tome las dos terceras partes...»

dueños ninguna emoción despiertan en el ánimo del visitante, concentrado por entero en la figura de don Alvaro de Luna. Durante el reinado de los Reyes Católicos lo poseyó don Gonzalo Chacón, fiel amigo y biógrafo del Condestable. En 1522 lo cedió Carlos V, junto con la Villa, al duque del Infantado, a raíz de sus victorias sobre comuneros y agermanados. Llevaba el duque sangre del Luna en las venas, bien que por línea de hembra, pero los tiempos eran muy otros, y en Villalar había quedado enterrada, entre otras cosas, la razón de ser de los castillos como sistema de táctica militar. Cuando Felipe II y familia estuvieron en San Martín, allá por el 1575, no dejaron inscripción alguna de su paso por el castillo —posiblemente ni se molestarían en visitarle—, pero sí en la ermita de la Virgen de la Nueva, ante cuya imagen fueron a postrarse (10). Bajo Felipe III tuvo el señorío de San Martín el marqués de Siete Iglesias y conde de la Oliva, don Rodrigo Calderón, quien únicamente hizo revivir los tiempos de don Alvaro de Luna por su triste fin, degollado en la plaza Mayor de Madrid. Vinieron luego días de independencia para la Villa, libre de señoríos, pero el castillo perdió con las libertades municipales, que precipitaron su ruina.

En el primer cuarto de nuestro siglo, apenas quedaba en pie otra cosa que la torre del homenaje, desmochada y rellena de escombros, y algunas partes sueltas de muros y recinto. En estas condiciones lo adquiere el barón de Sacro Lirio, quien emprendió la tarea de restaurar lo poco que restaba del ruinoso castillo de Valdeiglesias, completándolo con viejas piedras traídas de otros lugares (como la puerta de la casa curato, de Cadalso) e introduciendo en él, al mismo tiempo, el indispensable confort de la vida moderna, con tacto y discreción precisos para no ofender al carácter medieval del conjunto (11).

* * *

El primer muro almenado del antiguo recinto se salva a través de amplia puerta apuntada, sobre la que figura el escudo de la baronía de Sacro Lirio. Dos torreones pequeños y robustos, de salientes y decorativas coronaciones, defienden la inmediata entrada a la fortaleza, una estrecha puerta protegida de rastrillo (12). Por ella se pasa al patio interior, a cuya derecha se alza la torre del homenaje o más bien «macho», como con acierto la califica el señor Bordejé, por tratarse de un verdadero reducto, flanqueado de dos cubos en las esquinas de su ala occidental, y otro en el centro, más saliente y amplio, que rebasa en altura al propio torreón (13).

El patio, casi cuadrado, no es de grandes dimensiones.

(10) Decía así esta inscripción: «La sacra católica majestad de don Philippe nuestro señor y la reyna doña Ana, nuestra señora, y las serenísimas infantas doña Isabel y doña Catalina, sus hijos y los Príncipes Alberto y Binalao, sus sobrinos e hijos del Emperador don Fernando, pasaron por aquí en nueve de mayo de mil e quinientos y setenta y cinco años, y el Rey nuestro señor dió de limosna para dorar este retablo doscientos ducados; acabose año 1577. Renovose este letrero en 2 de diciembre de 1719 años».

(11) Su actual propietaria es doña María Teresa Vergara de Araoz; baronesa viuda de Sacro Lirio.

(12) La meticulosa restauración ha respetado el antiguo sistema de levantar el rastrillo mediante pesada bola de piedra al extremo de una cuerda (hueco interior del torreón derecho).

(13) Federico Bordejé: «San Martín de Valdeiglesias, Guisando y Cadalso de los Vidrios», de la serie Itinerarios de Castillos (*Boletín de la S. E. A. C.*, núm. 14, 1956.)

El boj de los jardincillos, la fuente central y una hilera de columnas a su lado derecho, le dan cierto aire monacal que invita al reposo pacífico y plácido recogimiento más que al ejercicio de las armas. En el lado frontero, un edificio de puerta y ventanas gótico flamígeras, al que está adosada la capilla. La planta baja de este edificio es una saleta, en la que hay una columna, chimenea de piedra, mobiliario acogedor y escalerilla que conduce a las habitaciones destinadas al servicio. Una verja de hierro separa la saleta de la capilla, que es de pequeñas proporciones, más bien alta que amplia, techo de nervaduras góticas y sencillo altar con un cuadro de la Purísima, de escuela española; en el muro de la epístola, colocada en hornacina, una imagen de la Virgen sedente con el Niño.

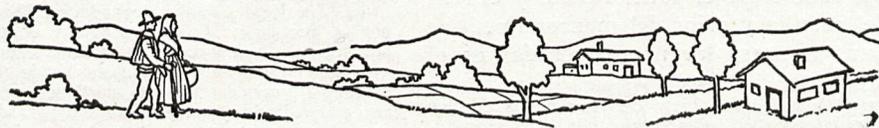
Visitada esta parte del castillo, entramos en el cuerpo principal y su torreón o «macho». Nos acoge un «hall» con sus muros de piedra, chimenea gótica blasonada, mobiliario de estilo, retratos históricos y de familia, colecciones de armas, libros, reposteros, etc. Una escalera de madera sube al piso superior, que se asoma al «hall» por balconcillo corrido. En este piso alto se hallan una serie de dormitorios, interesantes por el rico mobiliario en camas antiguas. Desde él se pasa al torreón propiamente dicho, la parte más original del edificio. Por estrecha escalera de caracol y altos peldaños de piedra ascendemos al gran comedor, pieza que produce en el visitante verdadera emoción artística, tanto por las vastas proporciones como por la severidad que se desprende de sus gruesos muros de piedra, y el logro alcanzado en crear un perfecto ambiente medieval de fuerza y señorío. La larga mesa de madera está iluminada por enorme lámpara de hierro forjado, que recuerda las coronas votivas de los reyes visigodos; cuadros, arcones, escudos, arcabuces, culebrinas, ballestas —algunas apuntando a través de profundas troneiras, hacia un enemigo imaginario— y, presidiéndolo todo, como invitados de honor permanentes, las armaduras, una de ellas montada a caballo, con todo su atuendo guerrero.

Unos peldaños más y se llega a lo alto de la torre, terraza de suelo de baldosines rojos, bordeada de almenas. Se abarca con la vista una gran extensión de terreno y, a los pies, el patio, la línea del recinto, los techos de las casas del pueblo, la iglesia parroquial. Es un día de invierno, y los árboles, desnudos de hojas, destacan cual negras estacas clavadas en tierra. Olivos y pinos dan el tono de verdor y se mezclan con los muñones de inválido de las cepas, agarradas al tobogán de los ondulantes montículos. A lo lejos, las rocas grises de Gredos y el tinte azul malva del Guadarrama. El viento nos empuja hacia adentro. La bajada es siempre mucho más breve que la subida, sin otro alto que el rápido vistazo de adiós a lo ya admirado.

Antes de salvar la puerta torreada, nos invitan a unos vasos del bon vino que se guarda en la bodega, y, al abandonar la fortaleza, leemos en el muro exterior del rastrillo la siguiente inscripción:

«Creéis que éstas son piedra. No es cierto, es un tesoro. Es símbolo de un tiempo de glorias y valor, de un tiempo en que la honra valía más que el oro y que nadie la vida quería sin honor.»

ALFONSO QUINTANO RIPOLLES





Madrid tiene su barrio de la diegria

cho porque, desde hace diez años a esta parte, el cogollo se va desplazando hacia arriba. Madrid crece hacia el Norte, y su centro geográfico cada vez está más arriba de los bulevares, en la parte chamberilera. Bien; pues decíamos que el tipismo se refugia en ese centro constituido por un cuadrilátero que forman las calles de Espoz y Mina a Echegaray. El tipismo es, naturalmente, el de nuestra época, la de las experiencias nucleares, el fútbol multitudinario, los toreros con vitola de astros de cine, etc.

Esto quiere decir que este tipismo no es de indumento, aunque sí lo es de la única posible chulonería de nuestros días, que está muy lejos de la de López Silva y más aún de los chisperos y las majas goyescas. El tipismo —algunos llamarían casticismo— se representa en distintas manifestaciones: mujerío de buen pisar, injertos en

andalucismo, algo vencido hacia el folklore escénico; animación, luz, que hacen de este enclave urbano una especie de ciudad andaluza o mediterránea, dentro de la ciudad apagada, severa, algo seca, como buena castellana, que es la de Madrid de la calle de Alcalá para arriba. La fisonomía de este barrio nada tiene que ver con la del resto de Madrid, aunque ahora afluyan a él gentes de los más opuestos barrios madrileños. Es cifra representativa del gran Madrid, aunque tenga carácter provinciano esta parte típica, por la razón que acabamos de apuntar y porque se aunan en ella dos elementos muy representativos de España, como son las opuestas regiones andaluza y vascongada. Restaurantes y bares ofrecen viandas y bebidas de sabor marcadamente vasco o andaluz. Según la representación gallega se ha refugiado por la calle Mayor y su contorno, estas dos regiones, en

LA parte típica de Madrid parece circunscrita a ese barrio con solera que se llama de la Morería, porque, al parecer, por allí habitaban los árabes pudientes cuando la que es hoy capital de España no había sido conquistada por los cristianos. Pero en el actual siglo, o, mejor, en la presente época, el tipismo se alberga en un cuadrilátero enclavado en lo que hasta no hace mucho venía a ser el cogollo de la capital. Decimos que hasta no hace mu-

su mayor parte, tienen un trasunto fiel en varios establecimientos. Por algo, cuando jugaron en Madrid la Copa del Generalísimo los equipos Atlético de Bilbao y Sevilla, los aficionados que vinieron en trenes especiales, amén de otros medios de transportes, como un solo hombre se volcaron hacia este barrio. Nunca estuvo más concurrido, si bien se hablaba en vasco y andaluz y se cantaba también con el mismo acento, y entonces sí había allí folklore de verdad.

La fisonomía de esta parte del Madrid de hoy es inolvidable para los forasteros que la visitan, y apenas se contará alguno que no lo haga, por muy poco tiempo que haya de permanecer en la capital de España. Como barrio de seria estructura, tiene sus estamentos: el taurino, el quinielista, el gastronómico y hasta linda con el del arte y la literatura. Digo que allí termina, porque tal tipismo se borra en cuanto, por la parte de abajo, se abren las calles de los anticuarios, la del Ateneo, y por la parte de arriba, la de las salas de Exposición de pintura, comercio de efectos musicales, etc.

El nombre de las vías no corresponde, ciertamente, a ese carácter que ha ido adquiriendo, sin que nadie se lo propusiera. La de la Victoria, la de Espoz y Mina —el general decimonónico—, la Cruz, Preciados, Echegaray —un señor respetable, ministro de Hacienda, dramaturgo de alta clase social, con reminiscencia calderoniana—, son denominaciones ajenas a su contenido humano. La calle de Echegaray es la más bulliciosa de todas, frecuentada más por jóvenes que sus hermanas. «Ir a Echegaray» es ya patente de espíritu alegre y divertido, que hace salir su nombre lamentablemente en la crónica de sucesos más de lo que debiera, por esa alegría y juerga a

que muchos se entregan con mala disposición para sufrir los efectos revoltosos del valdepeñas, el rioja o la solera andaluza. Las otras calles tienen más comedida su alegría. Acaso porque vayan por allí los más reposados de los que gustan de tales ambientes. Los dos teatros, que se hallan uno en su propia calle y otro en su desembocadura, logran



también dar un continente de mayor seriedad a su perfil.

Viejo sí es el barrio, aunque no tanto como el referido de la calle Mayor para abajo, porque si fuera un barrio moderno nunca adquiriría ese sabor bullicioso. Los barrios donde se pasea, se bebe, se come a la manera típica, siempre serán viejos. En todas las ciudades. Las modernas vías, los nuevos edificios no invitan a ese género de expansiones. Por otra parte, tienen éstas que ir asociadas a ese carác-

ter que da la antigüedad, donde hay tradición. Los barrios nuevos son, en ese sentido, fríos, mientras que los viejos son acogedores. Hasta los establecimientos tienen que acreditar su antiguo nacimiento para ser estimados.

La vida plena de esta parte de Madrid es en época invernal. También lo hay en primavera y en el otoño, como anticipo y prolongación. Pero está *en su salsa* en el invierno. En la temporada estival se ve mucho menos concurrida, ofrece menos interés, queda un poco apagada. No es el apagamiento de los barrios residenciales ni elegantes, donde vive el personal que veranea; no; es otro muy distinto: es un apagamiento de desgana, de «no hacer tiempo», de cultivar tal ambiente. La plenitud de él comienza en octubre vencido hacia noviembre, y termina en mayo o, todo lo más, junio. Lo saben los dueños de los establecimientos allí radicados.

Según en otras partes de Madrid y ciudades españolas y de afuera se ha querido hacer el barrio de los atractivos típicos, en éste se ha dado la circunstancia de no haberse pretendido nada de eso. Ha sido espontáneo su surgir en tal sentido, de manera indeliberada, por acumulación de efectos no perseguidos. Y nadie duda de que constituye un atractivo para el turismo de la capital. Se habla de esta zona —nosotros lo hemos oído— en partes alejadas de España. No hay hispanoamericano que no haga acto de presencia por allí, ya recomendada por amigos que estuvieron, o por «oír hablar de ello» allá, en su país.

Vejo barrio alegre y acogedor, sorprendente, sin apenas parangón con otros muchos que hay esparcidos por ahí con idéntico destino en la convivencia de las ciudades.

JOSÉ ALVAREZ ESTEBAN

Victor de la Serna era para nosotros, los que trabajamos en esta casa, algo más de lo mucho que era: excelente escritor y maestro de periodistas; era, nada menos, que amigo nuestro, es decir, que nos honraba con su amistad, ya que honor, y grande, era el que nos concedía con su trato afable, amplio, sin un mal gesto, siempre abierto al bien. Pero además era Cronista de la Provincia. El mismo se decía que era un "paleta". Y lo era, qué tristemente suena esta reiterada y obligada repetición, porque la palabra paleta tiene un sentido honroso, de compenetración con el pueblo, de comprender y sentir sus necesidades. Comprendía a los "paletos" y comprendía, mejor que muchos, amándolo, el paisaje donde se desenvuelve el paleta.

Sean estas líneas simple y modesta expresión de nuestro dolor.

Víctor de la Serna, vivo en la muerte

NO es uno menos en las filas. Es uno menos en la capitania de las filas periodísticas de España. Ha muerto uno de los mejores, con alma de jefe y desnudo de soldado. No era sólo jefe para dirigir, sino para combatir, como los capitanes clásicos, al frente de sus huestes. De ahí su redonda, completa hoja de servicios, que al fin ha rubricado la muerte. Honor y paz a Víctor de la Serna.

Estamos, pues, de auténtico luto cuantos manejamos la pluma. Están de luto las letras españolas al contemplar el tramonto de una luz que no cesó de regar las cimas y los llanos de la Patria. Porque a otros escritores es posible juzgarlos y enaltecerlos por su obra en sí, desligada de otros móviles externos. A Víctor, en cambio, resultaría injusto entenderle, comprenderle de tal modo, porque toda su cuantiosa obra, erigida como un bosque de columnas tipográficas, quedó en la Prensa y para la Prensa, que en él se hacía casi sinónimo de España.

Patricio insigne fué ante todo desde que comenzó a escribir. Nos conocimos en aquellos tenebrosos días en que, tras un enigmático 12 de abril, tomaban a toda prisa los mandos quienes a la larga habían de desembocar en un barranco de «fango, sangre y lágrimas», según la frase famosa de uno de sus corifeos. Coincidieron esas fechas con una renovación de equipos en los cuadros periodísticos de «El Sol», a las nuevas órdenes de Manuel Aznar. Entre los colaboradores figuraban las egregias plumas de Unamuno y Valle-Inclán, que allí empezó a publicar en folletones «El ruedo ibérico».

Victor de la Serna no era ya un bisoño, aunque por jovial camaradería se las diera de «aprendiz» de periodis-



ta. Desde el principio caló con acerada pluma el momento político entre los cabildeos de los partidos, ávidos de escaños en el Congreso para votar la nueva y flamante Constitución, aquella en virtud de la cual España se convertía en «República de trabajadores de todas clases» y «renunciaba a la guerra». Recuerdo que una noche visitó la Redacción don Miguel de Unamuno, y aún le estoy viendo pasear lentamente rodeado de un grupo a lo largo de la sala. Fué entonces cuando, con su habitual ademán de magisterio, nos aseguró, entre colérico y dolido, que aquella «era una Constitución de papel», inaplicable en muchos de sus puntos.

Victor tenía ya sus clásicos, y en seguida empezó a dar en el clavo ante aquellos vergonzosos debates estatutistas, donde se jugaba sin conciencia con la unidad intangible de la Patria. Cuando, dos años después, Aznar cesó en la Dirección, Víctor se fué también. Le esperaba, por así decirlo, «Informaciones», el órgano al que había de inspirar un rumbo nuevo al servicio esencial de España. Durante nuestra guerra en zona nacional, ese gran montañés, nacido en Chile, desarrolló una actividad de comando de la Prensa. No es menester insistir mucho en este punto, de todos conocido, como tampoco en el período postbélico, otra vez al frente de «Informaciones», durante nuestra difícil y entusiasta paz, mientras el mundo ardía en una terrible conflagración. Víctor se convirtió en «Unus» para su firma responsable ante los miles de lectores que le seguían. De aquella Europa en escombros, que él con carísimo, entrañable tesón defendiera, sólo apenas quedaba indemne aquella pluma privilegiada de «Unus», fiel a sí mismo hasta el último momento.

Hizo un alto en el camino en 1948: abandonó la dirección de «Informaciones». La fecha más o menos coincidía con su nombramiento de Cronista de la Provincia de